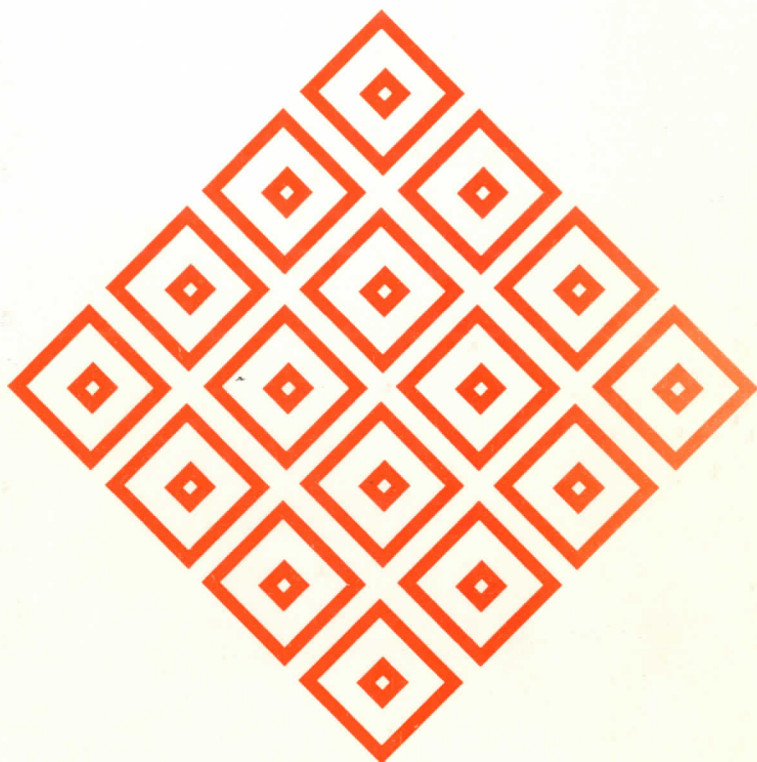


26



**LATINO
AMÉRICA** ANUARIO
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

SUMARIO

ARTÍCULOS

- Ernesto de la Torre Villar*, La medida del hombre. Los historiadores 11
- Abelardo Villegas*, Dialéctica de la dictadura y la democracia en el pensamiento latinoamericano 29
- María de las Nieves Pinillos Iglesias*, Iberoamérica: el triunfo de De Pauw 45
- Juan Manuel de la Serna Herrera*, Etnia y clase en la historia de la independencia latinoamericana 63
- Francisco Lizcano Fernández*, Panorama de la historia sociocultural en Centroamérica hasta mediados del presente siglo 73
- Salvador Rodríguez Fernández*, Slave y esclavo, ¿sinónimos? 83
- Johanna von Grafenstein Gareis*, La revolución francesa y Haití: el "jacobinismo negro" de Toussaint Louverture. 95
- Leonor Fleming*, Leer entre líneas: *El matadero* de Echeverría 111
- Greace Meade*, Balbino Dávalos 125
- Alejandro González Acosta*, La figura del gaucho como elemento de la identidad nacional en "*Radiografía de la pampa*" de Ezequiel Martínez Estrada 147

Primera edición: 1995

DR © 1995 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510, México, D.F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México
ISBN 968-36-4121-0

Oscar Alatríste Guzmán, El problema de la deuda exterior 171
de México (1824-1876)

Patricia Escandón, Los indígenas de Michoacán en el siglo 195
XVII

Dolores Nieto, Un acercamiento a la política ilustrada. 207
Evangelización jesuita en la Baja California

RESEÑA

237

PANORAMA DE LA HISTORIA SOCIO- CULTURAL EN CENTROAMÉRICA HASTA MEDIADOS DEL PRESENTE SIGLO

FRANCISCO LIZCANO FERNÁNDEZ

Para comprender la situación étnico-cultural de América Central en la actualidad, se hace necesario examinar, aunque sea de manera sucinta, la evolución de la historia sociocultural de la región a lo largo de las últimas cinco centurias. Este examen permitirá poner de relieve, entre otras cuestiones, cómo la fragmentación actual del mundo indígena hunde sus raíces en el pasado remoto, de qué modo a partir de la conquista española se forjaron nuevas sociedades que constituyen el origen de las actuales, por lo menos en el aspecto étnico-cultural, y cómo llegaron los grupos negros a la zona, previamente sometidos a profundos y dispares procesos de aculturación.

La diversidad y la falta de unidad del conjunto cultural indígena en el presente, encuentra su explicación en un pasado prehispánico. Cuando llegaron los españoles a estas tierras por primera vez, encontraron un panorama enormemente fragmentado y diverso. La población del territorio ístmico estaba dividida en multitud de unidades políticas, muy reducidas demográfica y territorialmente. Ninguna de ellas acogía por-

ciones significativas, en el plano regional, del territorio o de la población del istmo. La lengua tampoco cumplía una función integradora de amplitud regional, pues en este territorio se hablaban unas 70 diferentes. Dado que los vínculos políticos y lingüísticos eran en aquel momento los únicos que generaban solidaridad colectiva, resulta inútil buscar en esta situación los antecedentes de las unidades nacionales posteriores o, mucho menos, de la unidad regional.

Para obtener una visión panorámica de la compleja realidad sociocultural prevaleciente por aquel entonces en la región, es conveniente dividir al istmo en dos partes, con una línea divisoria que atravesaba los actuales territorios de Honduras, Nicaragua y Costa Rica. La situada más al Norte, que se suele considerar como la porción sureña del área cultural mesoamericana, incluía en general culturas ligadas a otras establecidas en el actual territorio mexicano, como las numerosas culturas mayas situadas en Guatemala, Honduras y El Salvador; los pipiles, nicaraos y nahuatlato, repartidos entre Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, y vinculados con los nahuas de México; los pueblos chorotegas, que se extendían por Nicaragua, Costa Rica, El Salvador y Honduras, y se vinculan con lenguas indígenas mexicanas pertenecientes al tronco lingüístico Oto-Mangue, y los "nicaragüenses" maribios que, aunque se los emparentó frecuentemente con el tronco lingüístico Hokan, parecen tener más afinidad con el mencionado Oto-Mangue. Sin embargo, en la parte centroamericana de Mesoamérica también habitaban pueblos relacionados con Sudamérica por su filiación con el tronco lingüístico Macro-Chibcha, como los xincas —situados en Guatemala— y los lencas —ubicados en Honduras y El Salvador—, además de otros cuya ascendencia se desconoce, como los tacacho de Nicaragua.

Se suele incluir la porción sureña de Centroamérica en el área cultural intermedia o circuncaribe y, al margen de ciertos enclaves nahuas y de los jicaques hondureños de ascendencia

norteña, estaba ocupada por pueblos cuyas lenguas forman parte del tronco Macro-Chibcha. Sin embargo, el parentesco de estas lenguas no se traducía en una uniformidad lingüística notable. Aunque su clarificación no puede tomarse todavía como definitiva, entre los pueblos centroamericanos pueden distinguirse seis familias lingüísticas en el interior de este tronco, cada una de las cuales integra diversas lenguas: la cuna (cueva y cuna) y la guaymí (guaymí, changuena, chumulo, etc.) en Panamá; la talamanca (boruca, bribri, terraba, teribe, cabecar, etc.) en Costa Rica; la rama (rama, coribisi, guatuso, y güetar) en Costa Rica y Nicaragua; la misumalpan (matagalpa, miskito, tawaska, ulva, etc.) en Nicaragua y Honduras, y la paya, también en estos dos últimos países.

En términos generales se pueden establecer, con respecto a diversas cuestiones, diferencias notables entre las áreas culturales mesoamericana, vinculada con el altiplano mexicano, y la intermedia, relacionada con las Antillas y la América del Sur. En Mesoamérica, la agricultura, basada en el cultivo del maíz, el frijol, la calabaza, el chile, el cacao, etc., tenía un carácter más intensivo y desempeñaba un papel más relevante en la dieta; mientras que en el área intermedia, donde la caza, la pesca y la recolección cobraban una significación mayor, aquélla se basaba en el cultivo de los tubérculos y era más extensiva. La organización social en Mesoamérica tendía a ser más compleja y estratificada, lo cual por lo general daba lugar a poderes políticos estatales claramente diferenciados, que nunca dominaron territorios amplios, lo que sí sucedió en cambio en el caso de los aztecas. Al mismo tiempo, en el área que se conoce como intermedia eran comunes las sociedades igualitarias, las cuales podrían ser definidas, según la terminología de Pierre Clastres, como sociedades "contra el Estado". La densidad demográfica era mucho más elevada en Mesoamérica, donde los asentamientos, compuestos por viviendas familiares, eran de amplitudes muy diversas, si bien el desarrollo realmente urbano se redujo a algunas entidades en Guatemala y, en menor

grado, en El Salvador. Con todo, los pueblos rurales grandes y los centros ceremoniales existieron también en Nicaragua y Costa Rica. En el área intermedia la población era más dispersa, menos densa y habitaba localidades más reducidas, integradas por viviendas multifamiliares.

Sin embargo, se debe tener presente que esta distinción entre las áreas culturales mesoamericana e intermedia, en el fronterizo istmo centroamericano, en modo alguno puede considerarse como una delimitación rígida. En general, las fronteras que separan las áreas culturales en la América prehispanica se caracterizan, por el contrario, por ser zonas de transición y mezcla, lo cual no resulta extraño si se recuerda que las áreas culturales, concepto forjado por los antropólogos del presente siglo para hacer más comprensible la enorme complejidad de las manifestaciones humanas en ciertos continentes, como el africano y el americano, integran siempre grupos culturales diversos y sin conciencia alguna de ser integrantes de una misma unidad. No sorprende, por tanto; que en el istmo centroamericano algunos pueblos considerados mesoamericanos muestren características propias del área intermedia y viceversa. Por ejemplo, los chorotegas de Nicaragua, estimados como parte integrante de Mesoamérica, constituían en general sociedades apenas estratificadas, donde las autoridades estaban sometidas a la voluntad popular; al tiempo que los cunas panameños, que habitaban en el área intermedia, conformaban cacicazgos e, incluso, confederaciones de cacicazgos. De manera similar, el maíz y el cacao, característicos de Mesoamérica, eran cultivados en amplias zonas del área intermedia, mientras que la yuca, uno de los alimentos típicos de esa área, era ampliamente conocida en la Mesoamérica centroamericana.

La llegada de los españoles alteró profundamente la situación descrita o, mejor dicho, produjo en ella un verdadero cataclismo. Durante los tres siglos de dominio de la monarquía española sobre el istmo —lo mismo puede decirse acerca de

Iberoamérica— se creó una nueva sociedad que constituye el origen de las actuales, por lo menos en tres aspectos fundamentales. La organización social se transformó por completo. Con la excepción de reducidos grupos de indígenas que se mantuvieron al margen del poder español, se creó una colectividad en la que convivieron por primera vez los tres conjuntos étnico-culturales que se convertirían en sus elementos constitutivos: el indígena, el hispano y el africano. De esta manera se forjó una sociedad estamental, en la cual el grupo hispano detentó los máximos poderes económicos, sociales, políticos y religiosos, al subordinar tanto a los grupos aborígenes como a los negros llevados como esclavos. De la mezcla entre ellos tres se conformó poco a poco el grupo mestizo, cuyo enorme crecimiento tuvo la mayor trascendencia, ya que a la larga se convertiría en mayoritario y dominante. Sin embargo, esta organización social no fue inédita sólo por su novedosa configuración, sino también por sus dimensiones. A las reducidas sociedades previas les siguió otra de proporciones demográficas y territoriales sin precedentes en América, la cual sería el fundamento de lo que de unidad tienen ahora Centroamérica, en particular, e Iberoamérica, en general. Además, las fronteras nacionales actuales tienen sus orígenes también en las divisiones político-administrativas establecidas por el imperio español. Tales fronteras, lejos de coincidir con los límites territoriales de las culturas indígenas, las dividen o engloban según los casos.

Al tiempo que se forjaba esta nueva organización social, surgían culturas diferentes, que significaron la definitiva incorporación a la cultura occidental para la mayoría de los habitantes de este territorio. Esta cuestión resulta fundamental para comprender la profunda novedad que significó la sociedad naciente. La llegada de los españoles no sólo trajo consigo el dominio sobre los aborígenes de un grupo étnico-cultural desconocido para ellos hasta entonces y profundamente distinto, acompañado además de grupos africanos con tradiciones cul-

turales múltiples. También se tradujo en generalizados e intensos procesos de transculturación, que cambiaron de modo definitivo el perfil cultural del continente. El resultado fue paradójico. Los elementos culturales llegados del exterior que, por tanto, hicieron inicialmente más complejo el universo cultural americano al añadir nuevas diferencias a las ya existentes, se expandieron de tal manera que a la postre constituyeron los vínculos más generalizados y profundos de la unidad centroamericana e iberoamericana actual. Por esta razón, la cultura iberoamericana mayoritaria debe considerarse, por su lengua, su religión, sus valores, etc., una de las culturas integrantes de la civilización occidental.

La cultura española se fue expandiendo de manera constante a lo largo de su periodo de hegemonía imperial. Los españoles, criollos y mestizos forjaron y desarrollaron en toda Hispanoamérica una cultura común con un alto grado de unidad, a pesar de que la adaptación a los diversos sistemas ecológicos, así como las diferencias de algunas de sus tradiciones culturales constitutivas, tendían a traducirse en particularidades regionales, nacionales y locales, máxime si se piensa que los españoles llegados a América tampoco formaban una unidad cultural monolítica y que los criollos asimilaron rasgos de las culturas con las que convivían, al tiempo que los mestizos expresaban las tradiciones indígenas y africanas de las que en parte provenían. Los grupos indígenas subordinados a la hegemonía española, que padecieron la dislocación de sus sociedades y una dramática catástrofe demográfica, sufrieron un proceso de aculturación que alteró radical y definitivamente sus valores, creencias y normas: muchos de ellos comenzaron a hablar castellano y la mayoría se convirtieron al catolicismo. De la profundidad de esta conversión al cristianismo, que por supuesto integró elementos de sus creencias anteriores, dan fe tanto la permanencia de su catolicismo después de la independencia, incluso en contra de los ataques estatales, como, paradójicamente, sus conversiones recientes a otras religiones.

En efecto: cuando los indígenas han abandonado el catolicismo, no lo han hecho para despertar a sus dioses ancestrales, sino para continuar adorando al mismo dios cristiano, aunque ahora bajo una modalidad protestante.

La población africana, llegada en calidad de esclava a los dominios españoles en América, sufrió un proceso de aculturación todavía más profundo que el referido a los indígenas. Cuando sobrevino la independencia del reino de Guatemala, el número de esclavos era insignificante y el proceso de mestizaje de la población negroide estaba muy avanzado. En la actualidad, no existe en el istmo ningún grupo étnico-cultural mínimamente diferenciado que sea heredero de la población negra llevada a las zonas gobernadas por los españoles, aunque en diversos lugares permanecen sus huellas biológicas y culturales.

Sin embargo, los negros llevados por los ingleses antes del siglo XIX a la Mosquitia y Belice, en la costa caribeña del istmo, se constituyeron en el origen de grupos étnico-culturales diferenciados que, después de consolidarse con sucesivos aportes de emigrantes negros procedentes de las Antillas inglesas, perviven en la actualidad y se expresan en un sincretismo donde se hace patente tanto su origen africano como, sobre todo, su profunda aculturación inglesa. La otra cultura negra existente en el istmo, que también se circunscribió a ciertas zonas de su franja caribeña, llegó al litoral hondureño al final del siglo XVIII. Procedía de las Antillas menores, donde asimiló las lenguas que hoy habla y que le otorgan sus nombres: caribes o garífonas.

A lo largo del siglo transcurrido entre la independencia del reino de Guatemala y 1950, tuvieron lugar dos procesos que alteraron profundamente la situación étnico-cultural anterior: la conformación de las nuevas repúblicas independientes y las reformas liberales creadas desde la década de 1870. En principio, conviene resaltar que el grupo hispanomestizo ha sido, debido a su mayor poder y cohesión interna, el protagonista principal de las tendencias integradoras de la región. Pero

también fue el responsable de la actual fragmentación de la misma en estados independientes, expresión de los distintos intereses culturales. Este grupo, en cuyo seno las diferencias entre criollos y mestizos continuaron su proceso de difuminación hasta su práctica extinción, emprendió simultáneamente la tarea de construir un poder político independiente y la de forjar una nación; es decir, un conjunto cultural lo más homogéneo posible, que sirviera de fundamento "natural" al Estado naciente. En el proceso de creación y consolidación de estas naciones, el grupo hispanomestizo dominante —que con frecuencia tuvo al mundo anglosajón como ideal por imitar— se empeñó en conseguir la total integración de las culturas indígenas que quedaron dentro de sus respectivas fronteras estatales, quizás con mayor ahínco que el demostrado por las autoridades monárquicas anteriores. De acuerdo con las tendencias prevalecientes por aquel entonces en el mundo occidental, este grupo hispanomestizo defendió e impuso una idea de nación uniforme, donde los grupos diferentes al que se proponía como paradigma nacional eran vistos como pervivencias de un pasado que debe desaparecer.

Dentro de este contexto, cobraron toda su dimensión las reformas liberales mencionadas, las cuales despojaron a los indígenas de las bases territoriales, económicas y sociales que les habían permitido mantener una cierta especificidad cultural. Todo ello tuvo como consecuencia lógica la fuerte expansión de la cultura hispanomestiza en el istmo. Ésta, a pesar de su progresiva diferenciación en el nivel nacional, mantuvo, y mantiene, sus profundos vínculos, que permitieron percibirla como una unidad, parte integrante, a su vez, de la cultura iberoamericana. Esta expansión del grupo hispanomestizo, que al mediar el presente siglo representaba más del 80% de la población total en El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, se tradujo en la total integración de los grupos étnico-culturales hispanohablantes de procedencia africana y en

una intensa integración, aunque con diferencias nacionales notables, de la población indígena.

En el plano regional, entre 1823 y 1950, la población indígena manifestó una tendencia similar a la que se considera típica de Iberoamérica en su conjunto: aumentó en términos relativos, pero disminuyó porcentualmente. En el istmo, en concreto, duplicó su número, aunque vio decrecer su importancia relativa de más de 50% a menos de 25%. Sin embargo, este promedio regional y continental esconde dinámicas nacionales distintas, e incluso contrapuestas. La evolución de la población indígena de Guatemala, país que siempre ha concentrado la mayor parte de ella en la zona, determinó el comportamiento del promedio regional indicado, a pesar de que en los otros países centroamericanos la evolución fue muy distinta. Dicho segmento de la población guatemalteca se duplicó ampliamente entre los años indicados, al tiempo que su importancia relativa disminuía de 73% a 55%. Pero la dinámica de la población indígena en El Salvador y Nicaragua —procesos parecidos debieron de producirse probablemente en Honduras y Panamá, aunque no se han encontrado cifras precisas al respecto— fue muy distinta. En El Salvador su número permaneció estancado durante todo ese siglo, al tiempo que en Nicaragua disminuía drásticamente. La caída en términos porcentuales fue, por tanto, vertiginosa en ambos casos: pasó de representar alrededor de 40% a quedarse reducida a menos de 50%. En el caso de Costa Rica, la población indígena también disminuyó en términos absolutos, al tiempo que veía reducir su importancia relativa desde 15% a menos de 1%. Las dinámicas demográficas de los distintos grupos indígenas fueron muy diversas en los países donde el número total de la población indígena se estancó o disminuyó. Hubo países como El Salvador, en los que el descenso relativo de la población indígena indica el declive generalizado de los grupos que la conforman. Pero en otros la disminución total de ella se debió sólo a la merma o desaparición de ciertos grupos, mientras que en otros la tenden-

cia demográfica era positiva. Esto sucedió, por ejemplo, en Nicaragua, donde, al tiempo que desaparecían los chorotegas, maribios y matagalpas, los miskitos, sumos y ramas aumentaban.

También durante ese periodo, que consideramos concluido al mediar el presente siglo, en concreto durante las últimas décadas de la centuria pasada y las primeras de la actual, tuvo lugar otro fenómeno con repercusiones importantes en la situación étnico-cultural de la región. Numerosos contingentes de negros, procedentes de las Antillas y fuertemente aculturados por los ingleses, reforzaron y ampliaron la presencia negra y anglosajona en las costas caribeñas del istmo, pues no se dirigieron a zonas donde ya existía una presencia previa en este sentido, como la Mosquitia y Belice, sino que abarcaron otras en Panamá, Costa Rica y Honduras, que no habían recibido antes este tipo de influencias. La mayoría de esos emigrantes salieron de la isla de Jamaica, donde los desastres naturales se sumaron a una profunda crisis económica, atraídos por las posibilidades de empleo creadas por las transnacionales bananeras y por la construcción de obras de infraestructura, como el canal de Panamá y los ferrocarriles. Tales son los procesos históricos que se ha considerado ineludible tomar en cuenta para la cabal comprensión del universo cultural centroamericano en la actualidad.